

Marta suda y se agita en sueños tratando de arrancar sus cadenas.

Nunca hasta aquel día había sido tan consciente de su falta de autonomía.

Al final todo resultaba ser una trampa, una especie de jaula en la que vivía encerrada, aún creyéndose rica y afortunada.

Su abuela, aquel monstruo dominador que había obligado a sus padres a vivir en el mismo edificio que ella durante más de veinte años, la amenazaba con un látigo obligándola a entrar de nuevo en su prisión enrejada.

En realidad esa mujer siempre había gobernado a la familia como si se tratara de una pequeña nación, defendiéndola contra posibles enemigos en un estado de guerra preventiva permanente al estilo de Bush y Aznar.

Al parecer, el único que había conseguido sacar partido de todo aquello era su padre. Se diría que esa mentalidad facha estaba creada para beneficiar únicamente a los hombres, si bien eran las mujeres las que la preservaban.

Si tenían un hijo varón lo mimaban, adoraban su falo como si se tratara de un tótem.

Mientras que a las hijas, por no tener pene, las despreciaban y maltrataban.

Las mujeres de su familia estaban cortadas por ese patrón, y ella, de haber llegado a tener hijos, hubiera repetido ese modelo.

Su abuela le había arruinado la vida a su madre, manteniéndola encerrada como una cenicienta palaciega, sin poder realizar en toda su vida otra actividad que obedecerla; mientras su tío, y también su propio hermano, vivían completamente libres.

Aunque su madre no era tan malvada y manipuladora como la suya, estaba repitiendo los designios de su familia.

Por eso ella misma iba siempre llena de pulseras de oro a modo de grilletas.

El hecho de haberlas heredado, le obligaba a ponérselas.

También, desde la adolescencia, comprendió que debía ir siempre maquillada, para así no desentonar entre los ricos, ni asemejarse a la portera y a su prole, tan inferiores desde el punto de vista de los suyos.

En realidad no eran tan sólo sus padres, como siempre había creído, y su psiquiatra le había confirmado, las personas que tanta presión ejercían sobre ella.

La clase social a la que pertenecía, a cambio de alimentarla a base de ibéricos, permitirle viajar en vacaciones a donde le diera la gana, y vivir en un barrio elegante, la condenaba a una especie de guerra psicológica frente a cada persona a la que se enfrentaba diariamente.

Ahora lo veía todo clarísimo.

Se trataba de batallar frente a los demás por preservar los valores dictatoriales heredados de una sociedad franquista, de la cual su familia no era más que un diente en el gran engranaje de una máquina de guerra voraz.

De ahí todo su malestar, su ansiedad, la depresión que sufría desde hacía años, y su gordura malsana.

Pues si parecía inflada, era porque se sentía como una bomba a punto de estallar.

Incluso lo que le había sucedido en Nueva York, a los dieciocho, cobraba sentido.

Había llegado allí creyéndose que era la dueña del mundo, cuando aquella gente, y especialmente los negros, debían estar hartos de ser avasallados.

Aquel trágico intento de violación y las verrugas genitales habían representado un modo de advertirle que se estaba adentrando en los dominios del mal.

Más de veinte años habían pasado sin descubrir aquel secreto que todos se empeñaban en silenciar.

Incluso Marcos, en vez de mostrarse sincero, la había utilizado vilmente.

Vislumbrando en sueños la raíz de todo su sufrimiento, suda y se agita como si se hallara poseída por el demonio.